

SOLIDARIDAD
CON LOS NIÑOS DE
CENTROAMERICA

Por el solo hecho de recibir de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador el pedido de una declaración en favor de los derechos del niño refugiado salvadoreño, yo me siento profundamente avergonzado ante Dios y ante la historia.

Avergonzado de ser hombre y avergonzado de ser cristiano.

Impotentemente irritado a pesar de mi esperanza.

Porque ya hace años que América Central es una llaga viva. Y el Occidente, llamado cristiano, y con demasiada frecuencia las propias Iglesias de Jesús, vienen presenciando con pasiva connivencia, cuando no con abierta participación, cómo el neocolonialismo y la oligarquía y la represión militar -que es prisión, tortura y muerte- diezman esos pueblos menores de la cintura de América.

Y la pesadilla criminal se nos ha hecho rutina de noticiario, o ha dejado incluso de ser noticia ante un balón de fútbol...

No voy a hacer ninguna declaración.

Toda palabra apenas palabra me parece sarcasmo. ¡Malditos seamos del Dios vivo los que fuéramos capaces de asistir pasivamente al dolor de Centroamérica!

Isaías, Jeremías, Amós... conminarían con la ira de Jahvé nuestra sociedad y nuestra Iglesia insensibles.

La declaración está ahí, inexorable.

El que tenga oídos para oír el llanto de un niño exilado, que oiga. El que tenga ojos para ver los rostros exangües de madres e hijos refugiados, que vea.

A veces, en mi corazón, yo le he pedido a Juan Pablo II que se venga a Centroamérica, antes de que sea tarde, si quiere hacer visitas de buen pastor. Su Polonia reprimida y la misma absurda guerra de las Malvinas no pasan de ser una dolorosa enfermedad frente a la masacre -verdadero genocidio- que decapita poblaciones enteras en Guatemala y en El Salvador.

Quinientos mil refugiados, de los cuales un 40 por 100 son niños; desnutridos, traumatizados, prematuramente condenados a morir muchos de ellos. "Muertos antes de tiempo", lamentaría nuestro profeta Las Casas.

Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño son hoy, en nuestra sociedad estúpida, como tres estigmas acumulados en una sola misteriosa fragilidad.

Todo lo que hagamos por esos niños, por sus madres, por esos pueblos pequeños -los menores de Judá, pulgarcito de América y, sin embargo, codicia de los prepotentes-, no será más que salvar nuestra propia condición de personas humanas.

Todos esos niños son hijos nuestros; sangre de nuestra sangre derramada: alma humillada de nuestra propia alma.

¡Salvemos a los niños de El Salvador para salvarnos a nosotros mismos!

Lo menos que podemos dar es dinero, publicidad, protesta, militancia. Y apremiante oración. No le estamos haciendo un favor a la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador. Pagamos tarde y mal una deuda común.

Los que tengamos el coraje de llamarnos cristianos y asistir impasiblemente a esta tragedia de Raquel -que llora sobre sus hijos- o de soltar apenas una oración esporádica, un discurso ocasional o un cheque displicente, no tendremos respuesta en la cara cuando el Soberano Juez nos pregunte sin apelación en aquel último día:

-Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño (en Honduras, la militarmente utilizada por el imperio, o en Nicaragua cuya libertad el imperio quiere impedir, o en Belice, o en Costa Rica, o en Panamá, o en México, o en los subterráneos de Guatemala, la India mártir)...
¡Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño y tú no me atendiste!

Hermanos de la comisión de Derechos Humanos de El Salvador,
cuenten conmigo en todo, hasta la muerte.

Antes que el Justo Juez, nos juzgarán esos niños. Y yo quiero que me juzguen desde su fraterna libertad, limpiamente conquistada por sus padres, por sus abuelos, por sus hermanos mayores.

Esos niños. flores de llanto y de sangre, anuncian el futuro diferente de sus pueblos ahora prohibidos

Contra toda esperanza y contra todo poder, y por causa del Resucitado que fue muerto y está vivo, yo creo firmemente en la resurrección de Centroamérica.

Niña precoz
hermana primogénita
de la liberación
 que se conquista
¡Niña novia del día prometido,
bautizada en la sangre,
grávida de esperanza
 y violada!
Quiero abrazarte. América,
por tu cintura ardiente,
¡Centroamérica nuestra!

Pedro Casaldáliga

PLEGARIA EUCARISTICA
DE LOS
REFUGIADOS SALVADOREÑOS

*Te alabamos, Padre Santo,
Señor de cielos y tierra,
Unico dueño de la historia,
Dios de un pueblo siempre en camino,
Dios de los insatisfechos y nunca instalados.*

Tu que ordenaste.

*a Abraham dejar sus tierras, parientes y casas,
a Lot, que huyese a la montaña si quería salvar su vida,
a Jacob, que huyese a casa de Labán
"hasta que pasara el enojo de su hermano"*

*A Moisés le sugeriste irse a Madián
pues le buscaban los egipcios por haber defendido a un
hermano de la opresión.*

*Y a todo tu pueblo lo sacaste aprisa de la esclavitud,
-todavía la masa sin fermentar, todas sus pertenencias
envueltas en ropas y al hombro-.*

*Estuviste constantemente presente en su marcha,
de día como columna de nube y de noche como columna de
fuego, hasta querer incluso hacerte más cercano en una
tienda, en medio de su campamento,
en una champa de aquellos nómadas del desierto.*

*Ni siquiera en la tierra prometida acabó el caminar de tus
amigos. Desde el tiempo de Josué mandaste establecer
lugares de refugio para evitar venganzas personales
al margen del juicio de los tribunales de tu pueblo.
Y así David tuvo que huir a la cueva de Adulam*

*Y a él se unieron todos los oprimidos y descontentos
que "no tenían dónde" en aquel reino sagrado pero corrupto.*

*De la misma manera se repitió el éxodo personal en la vida de
muchos profetas,
hasta llegar a Jesús, tu Hijo,
del que hacemos memoria en esta cena familiar,
lo hacemos realidad entre nosotros.*

*El también fue peregrino y nómada, urgido por tu voluntad.
Ya desde el vientre de tu madre, la fiel María,
fue el primer desplazado y refugiado de la historia cristiana.
Nació fuera de su tierra, en un pueblo que no era el suyo,
en pobreza y soledad, perseguido por el sistema injusto
desde antes de tener uso de razón.*

*Exilado de su país desde niño,
y siempre buscado por los poderes de este mundo.
Hasta que fue capturado, torturado, injustamente juzgado,
calumniado y por fin ejecutado por rebelde y subversivo
de aquel orden religioso y político
que no admitía más rey que el César y más Dios que el
templo y la ley.*

*Sin embargo, sigue viviendo entre nosotros a través
de aquel signo de despedida cuando...*

*Todavía tras su muerte, los discípulos tuvieron que refugiarse,
por miedo a los judíos,
en aquella casa de Jerusalén, primer refugio de la Iglesia.*

*Pero fue allí, en el miedo y el aislamiento,
donde se produjo el milagro del Espíritu,
origen de la misión y de la Iglesia.*

*Dios se reveló en aquellos refugiados,
unidos por la fe junto a María.*

*De la debilidad surgió la fortaleza, sobreabundó la gracia.
Y allí se creó una fuerza capaz de enfrentarse a toda la
sociedad.*

*Fueron perseguidos y masacrados como su maestro,
pero la fuerza de Dios estaba con ellos
y su mensaje de liberación ha llegado hasta nosotros.*

*Y aquí estamos ahora, Padre, esta porción de tu Iglesia,
en champas, galeras, sótanos de San Salvador.*

*Creemos que nos mueve el mismo Espíritu de tu Hijo,
no estamos seguros en nuestras tierras,
somos perseguidos por ser fieles a tu palabra.*

*Pero no queremos hacernos víctimas y santos,
somos débiles y pecadores,
necesitamos tu perdón y tu espíritu.*

Tampoco llevamos nuestra suerte con desesperación.

*Somos privilegiados en este mundo
porque la vida -al golpearlos- nos recuerda
que aquí no tenemos ciudad permanente
que somos ciudadanos del cielo
-que no es otro que esta tierra transformada-
peregrinos de la casa de Dios
caminantes hacia tí por el Espíritu*

*Como ya lo han sido tantos otros hermanos
que han dado su vida por tu causa...*

(aquí se recuerda a los difuntos)

*Pero, sin embargo, tenemos fe en Ti
que has visto nuestro sufrimiento,*

*No nos abandonarás sin cumplir lo que has prometido,
una tierra grande y nueva
donde la leche y miel corran como el agua,
donde tu nuevo Israel encontrará refugio para siempre
y vivirá confiado, en paz, en tierras de milpas y cañales,
donde nunca faltará tu ayuda, ni el amor, ni la justicia.*

*Ese es el lugar que has anunciado
el santo monte,*

*el que has escogido para vivir con tu pueblo,
el santuario que afirmaste con tus manos para toda la
eternidad.*

¡Oh Señor, Llévanos a vivir a tu santo monte!

*Y si algún día volvemos a nuestras tierras,
haz que no olvidemos que nuestro éxodo no acabe hasta que
exista una nueva tierra donde nadie se sienta extraño.*

*Que no durmamos tranquilos
mientras, en algún lugar del mundo, haya un solo refugiado.*

*Y mientras tanto
unimos nuestras voces y espíritus
con todos los refugiados del mundo
y juntos entonamos con Moisés:*

*Alégrese naciones con el pueblo de Dios.
El perdonará a su país y su pueblo*

Y cantamos con David

*Tú, Señor, eres nuestro protector,
Nuestro lugar de refugio,
Nuestro Liberador,
Nuestro Dios,
la roca que nos protege,
Nuestro escudo,
el poder que nos salva,
Nuestro más alto escondite,
Nuestro más alto refugio,
Nuestro Salvador.*

*¡Nos salvaste de la violencia!
Tú, Señor, eres digno de alabanza
por los siglos de los siglos*

AMEN